

Generación y biografía: de la imagen a la escritura, de la escritura a los medios (Elementos para un socioanálisis)

Jaime Eduardo Jaramillo Jiménez

Profesor Departamento de Sociología

Universidad Nacional

Memoria personal, identidad generacional, historia nacional

El tema de mi Tesis, en el Doctorado: *Sociología y Ciencias de la Comunicación*, en la Universidad Complutense de Madrid, versa sobre la relación del campo universitario con los Medios de Comunicación de masas entre dos tipos de agentes: el profesor e investigador universitario y el comunicador; en fin, entre dos tipos de texto: el académico, basado en un tipo de escritura, con códigos elaborados, expresado también en la relación oral, generalmente interactiva, en la cátedra o en la asesoría a estudiantes; y el lenguaje audiovisual de los Medios, que posee también su propia gramática y sintaxis.

Como una reflexión paralela a la elaboración de mi Tesis, quise trascender los cánones académicos, según los cuales debe existir exterioridad entre el "objeto" estudiado y el sujeto que lo investiga, debiendo desaparecer la subjetividad del intérprete, quien ha de elegir un estilo literario, altamente codificado e impersonal. Pero hoy asistimos a la radicalización del cuestionamiento de esta actitud objetivista y cientificista, iniciada con el movimiento cultural del Romanticismo desde la segunda parte del siglo XVIII, y desarrollada, para las Ciencias Humanas, desde finales del siglo XIX por pensadores y orientaciones en el pensamiento, de la significación, para la conformación de la cultura contemporánea, de Federico Nietzsche, Sigmund Freud, el existencialismo y las corrientes

hermenéuticas. Ellos expresaban un estado de ánimo generalizado, al que dieron expresión sistemática y autorreflexiva.

Estos fenómenos de masas, en una época desencantada, autorreflexiva, posmoderna, son tematizados en corrientes de pensamiento y acción contemporáneas, las cuales expresan la emergencia de una nueva *postura epistemológica*, donde el sujeto cognoscente se pregunta por el fundamento extrateórico, muchas veces inconsciente, *emocional* y *nocional*, de sus intereses académicos, orientaciones intelectuales, conceptos, hipótesis e interpretaciones, estrategias metodológicas, recomendaciones y propuestas, en su labor tanto investigativa, como reflexiva, organizativa y pedagógica. Postura, a la vez epistemológica y existencial, que busca una conciliación de *mito* y *logos*, de *sentimiento* y *pensamiento*, de *narración* y *análisis*, en donde participan hoy en día corrientes significativas del pensamiento contemporáneo, según se apreciaba, como las posiciones *dialécticas*, *hermenéuticas*, *fenomenológicas* y *postmodernas*. Ellas son compartidas hoy en día por sectores crecientes de universitarios (profesores, directivos y estudiantes), por funcionarios públicos que buscan superar patrones tecnocráticos y verticalistas en su trabajo, por algunos comunicadores, por movimientos sociales y culturales y por individuos de diversos estratos sociales.

Esta posición conduce a la *contextualización* y *autorreflexividad* del investigador, también actor social, quien se reconoce inmerso en *redes de sociabilidad* y de *construcción de significado*, *comunidades emocionales* y *cognitivas*, como la familia, las ciudades en donde se desarrollan los momentos más significativos de nuestra vida, los grupos de pares, las organizaciones políticas, los movimientos sociales, la Universidad, las comunidades académicas, etc. Estas *redes primarias de sociabilidad* y de *intercambio emocional* y *simbólico* constituyen un horizonte de significado mediante el cual reelaboramos arquetipos primordiales y creamos significaciones centrales, códigos, conexiones de sentido, que constituyen el prisma, el caleidoscopio por medio del cual el investigador contextualiza, interpreta y redefine, inevitablemente, los datos sensibles y los datos contruidos, que son la base de su quehacer como científico social. Estas redes, a la vez de interacción social y de intersubjetividad

comprensiva, se expresan en nociones que han sido definidas como las *ideologías*, los *preconceptos*, el *sentido común*, el *inconsciente individual y colectivo*, que aluden, en su diversidad conceptual, a un suelo de conocimiento primordial, que no puede ser sometido a verificación empírica y que, pudiendo tener una expresión escrita, poseen un fundamento preverbal. Suelo nutricional, atmósfera simbólica, conocimiento de base, depósito de sentido que, en la labor académica del denominado científico social, condicionan la selección y construcción de su marco teórico, de las nociones, preguntas y análisis que lleva a cabo en su trabajo investigativo y reflexivo, de los comportamientos, propuestas e intervenciones que desarrolla frente a diversos actores sociales.

He tomado la idea del *socioanálisis* del sociólogo Pierre Bourdieu (aunque buscando trascender el formalismo y pesadez de su estilo), el cual, en una obra renovadora del pensamiento social contemporáneo, llama al investigador y al intelectual a *objetivar reflexivamente* sus orígenes sociales: su condición familiar, su clase de referencia, su generación, sus afiliaciones regionales y nacionales, su posición en el universo de la producción cultural, criticando a aquellos científicos sociales que “a menudo ignoran que su discurso aparentemente científico trata menos del objeto estudiado, que de su propia relación con éste”. El *socioanálisis*, antes que medio para una delectación narcisista, es un procedimiento para explorarse a sí mismo, como *subjetividad objetivada*, explorando, en un mismo movimiento, el contexto histórico-social y cultural en donde se ha desarrollado la vida, en este caso del académico, del investigador social, rompiendo “la complacencia de las evocaciones nostálgicas para explicitar la intimidad colectiva de las experiencias, las creencias y los esquemas de pensamiento comunes, que cuando afloran a la conciencia son reprimidos como algo indigno de publicación”.

Busco el ejercicio de la *imaginación sociológica*, en este caso de forma autorreflexiva, concebida como “la cualidad mental esencial para percibir la interrelación del hombre y la sociedad, de la biografía y de la historia, del yo y el mundo”. Explicitar, entonces, complicidades colectivas, ilusiones comunes, conflictos compartidos, ardientes sueños utópicos, amores y odios coincidentes.

Especialmente desde Latinoamérica, continente de la *trasculturación*, de los mestizajes, las hibridaciones y los sincretismos, se lleva a cabo una *interpenetración* de géneros literarios que incluye a algunos periodistas, enriquecidos tanto por la Academia, como por la literatura de ficción; a ciertos investigadores sociales, que involucran la dimensión narrativa en sus escritos científicos o desarrollan el relato de vida, la crónica-ensayo, el reportaje, y a novelistas, que son capaces de realizar un concienzudo estudio sociohistórico, para conferir vida y verosimilitud a sus universos fabulados. Nuestra condición *periférica* no debemos asumirla de modo unilateral, sólo como una limitación, sino también como una *posibilidad*. En mi caso particular, para superar la rigidez y el excesivo formalismo (en las que yo también he incurrido) del lenguaje académico, a fin de poder explorar una *interfecundación* de géneros literarios, escribo este texto, entre la evocación *autobiográfica* y *narrativa* y el *ensayo sociológico*, recordando que la voz autorizada de Alfonso Reyes denominaba al género ensayístico "el centauro de los géneros", por su capacidad de aunar reflexión y sensibilidad, designio intelectual y conformación estética.

Puesta en escena de la subjetividad, debo confesar que, en este sincretismo de géneros, me ha servido como suscitación la lectura paralela, a lo largo de mi vida, de la literatura de las Ciencias Sociales y de la narrativa, en especial la *novela*, esa crónica insuperable de las sociedades modernas y exploración totalizante, de sin igual profundidad, en el alma del ser humano de nuestra época, así como de la *poesía*, buceo maravillado en los pliegues más recónditos del hombre y voz primordial del espíritu de la tribu.

He realizado, a lo largo de mi vida académica, *investigación de campo*, que me ha permitido conocer desde dentro, en la interacción cotidiana con sus habitantes, mundos sociales y simbólicos diferentes a aquellos que hacen parte de mi esfera de trabajo y familia, los cuales, dentro de mis inevitables limitaciones sociocéntricas, he buscado comprender. En primer lugar, llevé a cabo, con los sociólogos y sociólogas, Luz Teresa Gómez de Mantilla, Alonso Correa y María del Carmen Quesada (mi compañera y colaboradora, centro de la vida familiar),

un estudio sociocultural en un municipio de origen colonial (Villeta, Cundinamarca), caracterizado por la presencia de pequeños productores de caña y de panela. Mundo campesino, fundamentado en la economía familiar, heredero de las grandes haciendas semi-señoriales, que supervivieron en muchas zonas del país hasta los años treinta del siglo XX. Llamábamos la atención, entre otros temas propuestos, sobre la relación múltiple y polisémica que estos campesinos, adultos, jóvenes y niños, mantenían con la prensa, el cine, la música escuchada en medios electrónicos, la radio y la televisión, posibilitados por la extensión creciente, en los sectores rurales, de la luz eléctrica, por la revolución en las comunicaciones terrestres, y por la existencia de una clase media rural, que podía comprar estos exponentes máximos de la Modernidad.

También participé en un estudio interdisciplinario, en una zona selvática del Departamento del Caquetá, en 1985, colaborando en el *Proceso de Paz* de la administración Betancur, al plantear, con Leonidas Mora (q.e.p.d) y Fernando Cubides, una propuesta de sustitución de los cultivos de coca y de normalización institucional de una región caracterizada por la ausencia del Estado y la presencia correlativa de la guerrilla insurgente. Pudimos diferenciar al colono del cultivador rentista y del narcotraficante, estudiar diversas fases de la vinculación de esta región con el mercado mundial: juansoco (materia prima del chicle), animales salvajes y sus pieles, coca, y apreciar las lógicas de acción de diversos actores sociopolíticos en esta conflictiva región. Recuerdo, en relación al impacto de los Medios de comunicación, cómo los colonos de algunos lejanos poblados, en donde sólo existía un televisor, se agrupaban para escuchar los noticieros, lo cual se convertía luego en espacio de comentarios y discusiones colectivas.

En fin, dirigí recientemente con líderes barriales y egresados de Sociología de la Universidad Nacional, una experiencia investigativa en la parte alta de la Localidad 18 (Rafael Uribe) en Bogotá, situada en el montañoso, empobrecido y conflictivo, pero también efervescente y creativo, suroriente de la capital, buscando contribuir a la propuesta *interlocal* del Ecoparque "Entre Nubes", verdadera

utopía realizable de crecientes comunidades barriales en este poblado sector de la capital. Allí priorizamos la descripción, el relato y el análisis de fenómenos centrales para sus gentes, como las modalidades y ritmos del poblamiento, las representaciones y usos del espacio público, las formas del uso del tiempo libre, las organizaciones dinamizadoras de la comunidad, el consumo cultural, la relación con los Medios de Comunicación. Fueron estas problemáticas, entonces, el eje central de este intenso proceso investigativo.

Así mismo, desde la adolescencia he explorado diversos géneros literarios. El epistolar, hoy en buena hora revivido con el correo electrónico. La poesía, habiendo participado en recitales y publicado en revistas y en un libro colectivo: *Signos y voces*. El ensayo, en múltiples publicaciones de crítica literaria, de historia cultural, de teoría e historia sociológica. La monografía científica —varias veces nutrida por el trabajo de campo—, en un primer período sobre temas rurales, y más recientemente acerca de temáticas urbanas y sobre procesos culturales. En fin, la crónica y la reseña de libros.

Deseo pues, sin más preámbulos, ubicar en mi trayectoria vital e intelectual, las razones de mi interés, paralelo e interrelacionado, por la escritura, por algunos saberes académicos, por el lenguaje y la incidencia sociocultural de los Medios de Comunicación masivos y por los mecanismos más idóneos para establecer una interinfluencia de los dos lenguajes. Intereses que dan cuenta de mis actuales opciones intelectuales e investigativas, así como de la escogencia del Doctorado en “Sociología y Ciencias de la Comunicación” y de los motivos subyacentes, que no suelen confesarse en los medios universitarios, que me llevaron a elegir la temática de mi Tesis.

Pretendo relacionar estas evocaciones, en forma de “pinceladas”, de fragmentos narrativos y de análisis, con la trayectoria de mi generación y de mi país, *Colombia*. Con ello, busco entrelazar algunos *recuerdos personales* con una *memoria histórica*, en particular la de mi sector social, la clase media urbana, y la de mi generación, en los

años cincuentas y sesentas, así como la de ciertas comunidades de estudiantes y profesores, desde los sesentas hasta la fecha, teniendo como telón de fondo ineludible, la conflictiva, pero también rica en creatividad cultural, circunstancia histórica vivida por Colombia en las últimas décadas.

Focalizaré mi atención hacia el significado, personal y grupal, de los libros y de la escritura, al tiempo que hacia el impacto masivo y las actitudes cambiantes frente a los Medios de Comunicación masivos. Elementos para un *socioanálisis*, cuyo mérito puede ser el de reflexionar sobre sucesos y acontecimientos nacionales e internacionales, desde la forma en que una subjetividad específica, espectadora, pero a su vez inmersa y, en alguna medida, agente de estos procesos, los ha vivido y percibido.

Mi generación —aquella que nació en la segunda postguerra, promediando el siglo— es la primera, en América Latina, cuya cotidianidad, sensibilidad, imaginarios y educación sentimental, estuvieron conformados, de manera decisiva, por la frecuentación del libro, las revistas y la prensa, para el caso de sectores con tradición intelectual, y para éstos, como para mis coetáneos de prácticamente cualquier sector social, por el cine, el *cómic*, la radio y la televisión. Conjugación del *homo sapiens* y del *homo videns*, en mi sector social la cultura letrada y la cultura mediática, la escritura y la audiovisualidad, desde la infancia, concurrieron, con diversa fuerza, según las trayectorias individuales, en la formación de nuestros universos simbólicos, mitos colectivos, héroes y antihéroes, prescripciones y proscripciones, sueños y pesadillas, formas de la seducción y de la violencia, en nuestra percepción del mundo y de la sociedad.

Por el túnel del tiempo: los primeros medios de comunicación masivos

Es cierto que ya nuestros padres o abuelos registraron, a finales de los años veinte, el advenimiento de la radio, la cual se consolida en la República Liberal, cuando se radiodifunden algunos discursos presidenciales y resonantes debates en el Congreso Nacional, seguidos con pasión por los primeros radioyentes. La oratoria era,

para la época, un importante género literario-político, cuyos máximos cultores, como Guillermo Valencia o luego Jorge Eliécer Gaitán, cosechaban tantos aplausos y admiración, como hoy pueden hacerlo un cantante o un deportista exitosos. En las grandes cajas parlantes, que entonces llamaban el *radiófono*, así como en su primo hermano, el *gramófono*, novedades que constituían la admiración de las gentes de un país que comenzaba a superar tímidamente una sociedad premoderna, pastoril y provinciana, se reproducían las voces amadas de Carlos Gardel, Juan Pulido, Juan Arvizu, Pedro Vargas, Libertad Lamarque y de tantos otros cantantes populares, ídolos entonces, del público hispanoamericano.

Por su parte, la prensa, desde el siglo XVIII, había sido en el subcontinente un órgano de agitación de las ideas revolucionarias e independentistas y luego, en el siglo XIX, un elemento de propaganda partidista, pero también de difusión de la literatura, la filosofía, el arte, las modas, los inventos, y los modos de vida de los países industrializados. Prensa predominantemente política, con todo, permitiría, ya entrado el siglo XX, con los avances en las telecomunicaciones, familiarizar a sectores letrados con noticias del país y del mundo, que comenzaron a comprimir espectacularmente el espacio y el tiempo, permitiendo a gentes que en su gran mayoría no habían salido del país, ser espectadoras, (ya que no actores), casi en tiempo real, de la historia universal.

El cine comenzó, también en los años veintes, a ser registrado en los diarios y por los artistas. Los poetas vanguardistas cantaban los poderes taumatúrgicos de la "caja mágica". Luis Vidales, pionero del movimiento vanguardista en Colombia, en su libro, fundacional en Colombia de esta corriente cultural y poética, *Suenan timbres*, publicado en 1926, se imaginaba la realidad de su país como una proyección de cinematógrafo, metáfora insólita para los imaginarios poéticos de entonces. Vidales evocaba al hombre ciudadano y registraba imágenes que, para la sensibilidad de entonces, no eran "poéticas" sino prosaicas. Figuras familiares para el moderno transeúnte urbano, como eran las bombillas eléctricas, el teléfono, el automóvil, los ascensores, el aeroplano, el gramófono, en fin, las

vitrinas de los almacenes, que vendían artículos importados, en una Bogotá que ávidamente quería abrirse al mundo. En el poema *Cinematografía nacional*, escribía:

Por el cielo amarilloso de linterna
pasan las nubes colombianas
y cómo se nota que no habían ensayado antes.

Los árboles

-por ser la primera vez que trabajan en cine-

aparecen

tiosos

cohibidos

amanerados.

Pero el salto del Tequendama

lo hace con naturalidad

como si tuviera una larga práctica

en cinematógrafo.

Y en el salón de la noche

yo aplaudo

las películas incoherentes

de este Pathé Baby.

El cine dominical, en ciudades y pueblos, era, sobretodo para los jóvenes de entonces, una oportunidad maravillada que les permitía asomarse al mundo, en un país montañoso y mediterráneo, al tiempo que transformaba las formas de sociabilidad y los modelos del habla, del vestido, de la seducción, de comunidades aún semiagrarias y pueblerinas.

La infancia y adolescencia: la vida cultural en la provincia

Reconducidos a la mitad del siglo, debo expresar que fui miembro de una familia de *clase media urbana* con un padre profesional, frecuentador de libros técnicos y literarios, egresado de la *Escuela Nacional de Minas* en Medellín, la cual ha formado varias generaciones

de ingenieros —con una caracterizada formación académica y ética— que han tenido una proyección nacional. Mi madre, originaria de Salamina (Caldas), población que conoció en la primera parte del siglo XX una rica actividad cultural, realizó en Bogotá, al comienzo de los años cuarenta, sus últimos años de bachillerato, con un énfasis en *Letras*. Ha frecuentado la publicación de artículos, crónicas y coplas en la prensa local.

En Colombia no hemos superado totalmente, a pesar del bienvenido auge de la Sociología y la Historia regionales, una concepción centralista de la cultura. Pues bien, en la “provincia” (como decían desdeñosamente los cachacos santafereños), en pueblos y ciudades pequeñas, no invadidas aún por migraciones aluvionales, desordenadas, amorfas, producto en buena parte de las violencias desatadas desde la mitad del siglo, se registraba una sorprendente, y no siempre documentada, densidad en su vida cultural. Elites letradas, en donde participaban hacendados y rentistas, pero también nacientes clases medias y artesanos, importaban, compraban o tomaban prestados, libros y revistas europeas, así como de las primeras editoriales masivas en el subcontinente latinoamericano y de las pocas casas editoras en Colombia. Se crearon animadas y eruditas tertulias literarias, conformadas por médicos, abogados, comerciantes, hacendados, funcionarios públicos. Se llevaron a cabo, con una reminiscencia de la Edad Media europea, “Juegos florales”, verdaderos torneos del espíritu, donde se realizaban concursos de ensayo, de poesía, de oratoria. La frecuentación de la literatura de ideas y de ficción hacía parte consuetudinaria del tiempo libre de un sector significativo de la población de capitales regionales y de algunas aldeas colombianas, en épocas pretéritas. Autores clásicos o de moda, corrientes intelectuales y literarias, eran tema familiar de conversación, tan importante, o más, que el comentario de la política nacional o parroquial, los chismes de aldea, la salud de los contertulios.

Los ascendientes de mi familia paterna y materna vinieron a Salamina, a Neira, a Manizales, en el siglo XIX, de Sonsón, El Retiro y Marinilla, en las oleadas de campesinos y comerciantes antioqueños

que protagonizaron un importante proceso de migración y colonización masiva, de creación de un modelo productivo, fundamentado en el cultivo del café, y de una psicología y una cultura regionales de características muy definidas, que se constituyó en una de las experiencias colectivas de más significación en la historia de América Latina.

Vivíamos en una ciudad intermedia (Manizales), producto arquetípico de ese proceso histórico que, a medio siglo de su fundación a comienzos del siglo XX, ostentaba éli.es conservadoras, pero cultas y, para el momento de mi infancia, poseía una tradición intelectual. Ciudad de la modernización cafetera, con un nivel de vida más alto que el de otras urbes colombianas, una buena provisión de servicios públicos y, en cierta medida, para la época, culturales. En la familia, como en aquellas de algunos de mis compañeros de estudio, el libro era un objeto cultural estimado y disfrutado. En nuestro caso, la biblioteca paterna, la de la casa de los abuelos, la del hermano mayor, constituían el pasaporte a un mundo maravilloso.

Para muchos, también para mí, la imagen visual constituyó la vía regia hacia el texto escrito. Luis Cernuda relataba, en un hermoso texto autobiográfico, cómo su acercamiento al universo de los libros estuvo precedido por las imágenes que los acompañaban. "En los estantes de la biblioteca paterna", escribía el gran poeta de la generación del 27, "y a escondidas, porque no le permitían su uso, halló el niño unos tomos en folio de encuadernación rojo y oro, por cuyas páginas se ahondaban los grabados con encanto indecible [...] El niño entonces solo sabía contemplar largamente los grabados e ir de ellos al texto, saturándose de la variedad, de la vastedad, de la maravilla del mundo".

Las cartillas de lectura, la *Charry* o la *Alegría de leer*, indelebles en el recuerdo, nos permitieron a muchos la transición de la imagen visual al signo escrito, estableciendo equivalencias entre determinadas ilustraciones y cada letra del abecedario. También, recuerdo los grabados de Gustavo Doré, con los que recorrí el mundo, a la vez tan local y tan universal, de *El Quijote*. A través de

las nítidas fotografías, a color, de la revista *National Geographic*, pude viajar por los más recónditos y extraños lugares del planeta. La imagen visual y el texto escrito no aparecían para mí, como tampoco para muchos coetáneos, enfrentados o excluyentes, sino en un plano complementario. Las ilustraciones, las fotografías, fueron un estímulo para la iniciación gozosa en la lectura.

Los cómics (las "tiras cómicas", los denominábamos), nos permitieron un ejercicio de la lectura hasta la adolescencia (y aún en la vida adulta), que conjuga imagen visual y texto, en un género sincrético sui generis. *Supermán*, semidiós moderno, realizaba hazañas memorables, rodeado de "malos", extravagantes y perversos. *Titanes planetarios*, expresaba en el lenguaje del cómic, la literatura de ciencia-ficción, en luchas intergalácticas que daban cuenta del comienzo de la era espacial con los primeros satélites enviados por Estados Unidos y la URSS, en otra versión de la Guerra Fría. *Tarzán* y *El Fantasma*, héroes "civilizadores" blancos, en tierras exóticas; *Mandrake, el mago*, con su pelo engominado, sus asombrosos dones hipnóticos y su eterna novia, Narda; *Benitín* y *Eneas*; *Pancho* y *Ramona*, parejas inolvidables; *El Santo*, enigmático héroe mexicano, alimentaban nuestra fantasía en muchas tardes de fin de semana y eran el fundamento de un activo intercambio de historietas con familiares y amigos. Más tarde, *Mafalda*, una inquisitiva niña de clase media latinoamericana, realizada por el genial Quino, problematizaba un mundo que en el lenguaje habitual del cómic, aparecía simplificado y reductivo, con personajes buenos y malos, en un libreto incuestionado.

De la imagen a la escritura. En los primeros libros vistos, leídos y degustados, asistía a los grandes momentos arcaicos y clásicos de Grecia, encantado con Dioses y Diosas: arbitrarios, impulsivos y celosos, comprometidos pasionalmente en las vidas y luchas de los seres humanos. Circulaban también en sus páginas semidioses, gigantes, sirenas, faunos, cíclopes y diversas deidades de la naturaleza, mundo mítico que nutrió muchos de nuestros sueños de infancia. Allí construimos algunos héroes inolvidables, absortos en la lucha suprema de Héctor y Aquiles, en la tozuda rebeldía del Titán Prometeo, en las hazañas de Hércules o de Teseo, paradigmas

de la literatura de aventuras. Nos entusiasmábamos con las impresionantes conquistas militares y culturales de Alejandro Magno, nos conmovíamos con las gestas y el drama final de Julio César. Vivíamos con ambigüedad las aventuras y desventuras de los conquistadores españoles en América, delirantes en un mundo extraño, mitad oro y riqueza, y mitad realismo mágico. En mi memoria, todavía hoy en día, éstos y otros personajes poseen rasgos de las ilustraciones visuales que los acompañaban en los libros, pero también de los caracteres que mi imaginación de lector niño o adolescente, les iba agregando.

Desde los siete años, ya había advenido al mundo del libro. ¿No comparaba Borges el paraíso con una biblioteca? Julio Verne y Emilio Salgari, autores de cabecera de generaciones anteriores (Umberto Eco confesaba que escuchó hablar por vez primera de Cartagena de Indias, en su niñez, leyendo las novelas, muchas de ellas transcurridas en el mar Caribe, de Salgari), nos conducían a nosotros también por excursiones a geografías, muchas veces lejanas y extrañas, con personajes intrépidos que nos llegaron a ser queridos o temidos, en todo caso familiares. Ciro Smith, el Capitán Nemo, Miguel Strogoff, el pirata Sandokán, el Corsario Negro y su amor casi inalcanzable, Honorata de Van Guld, eran miembros de un universo ficcional, en donde coexistían con otros personajes también inolvidables.

Héroes y heroínas, más cercanos en el tiempo y en la sensibilidad que sus homólogos grecorromanos, quienes también poblaron nuestra infancia y adolescencia de lugares extraños y luchas a muerte que revivían los arquetipos primordiales de la sabiduría y la ignorancia, de la virtud y el engaño, de la ley y la transgresión, en suma, de la lucha del bien y el mal. El autor brasileño Monteiro Lobato nos relataba las aventuras de una familia latinoamericana: Perucho, Naricitas, Doña Benita, conduciéndonos al monte Olimpo, para hablar con las vívidas e individualizadas deidades griegas y nos hacía partícipes, a través de las aventuras de niños y niñas de nuestra edad, de un viaje indeleble en el tiempo y el espacio, de momentos cumbres de la historia universal. Después, al contemplar en el cine alguna de las novelas de éstos y otros autores frecuentados, se sucedía una reacción ambigua:

de complacencia, al ver, con sus colores más reales y sus gentes, como si fuesen de carne y hueso, las tierras ignotas que los autores habían recreado, a través de la escritura, en sus libros; de decepción, cuando una aventura, un personaje, no se adecuaban a los trazos que había construido nuestra imaginación.

Mi padre y muchos de sus coetáneos, parientes y amigos, gustaban de los escritores españoles de la generación del 98: del sintético Azorín, las novelas de don Pío Baroja, las dudas metafísicas y las perceptivas visiones sobre los autores latinoamericanos, considerados ya como interlocutores, de don Miguel de Unamuno, en fin, los esperpentos de ese personaje paradójico e inconformista que fue don Ramón del Valle Inclán (cuyas huellas reencontré en mi estadía madrileña). Mi interés por España, que culminó en mi estadía en el Doctorado, se formó así en mis primeros años, tanto por la lectura de estos autores, sentidos como familiares de allende el mar, como por escuchar con placer, desde pequeño, la copla española de Conchita Piquer o de Lola Flores, el pasodoble, ejecutado en las multitudinarias corridas de toros en mi patria chica, las canciones, “modernas” entonces, de Rocío Durcal y de leer y escuchar poesías de Juan Ramón Jiménez, Lorca, Machado, León Felipe, Cernuda.

Pero, de modo paralelo, cuestionando en nuestras vidas una supuesta oposición irreductible entre el libro y la “alta cultura”, en relación con los Medios de Comunicación de masas, escuchábamos con pasión en la radio (escapándonos, si era necesario, de clase), las transmisiones de las primeras vueltas a Colombia en bicicleta, en donde los animados locutores nos describían, con lujo de detalles, las características de las diversas regiones y topografías del territorio patrio, confiriéndonos una primera imagen de la nacionalidad. Ramón Hoyos, Cochise Rodríguez, Rafael Antonio Niño, se constituyeron en héroes nacionales, “escarabajos” que con esfuerzo y “berraquera”, lograban vencer a los pedalistas extranjeros y protagonizaban duelos memorables. Los programas de humor, con “Los Tolimenses”, el polifacético “Montecristo”, “Los Chaparrines”, recreaban acentos y chistes regionales, en un país con una rica

diversidad geográfica y cultural que, siendo su más estratégica ventaja comparativa —hacia el siglo XXI—, es también, una de las razones de su actual desmembración. Las transmisiones de los partidos de fútbol dominicales renovaban identidades regionales (vividitas con intensidad), confiriéndonos, al seguir con pasión el campeonato nacional de este deporte de masas, una visión contrastada y emocional del mosaico de la patria.

La televisión se inaugura en Colombia, en 1954. En casa, desde la primera infancia, pude asomarme a la ventana electrónica, cuyas imágenes contribuyeron, para muchos de nosotros, más poderosamente, incluso, que las imágenes evocadas por los libros, a conformar nuestro mundo cultural, a crear nuevos héroes y antihéroes, modelos del comportamiento y de la moda, contribuyendo a diseñar (para bien y para mal) nuestra noción de la realidad social, nacional e internacional. Boris Esguerra me ha relatado cómo en aquella época, en barrios de clase media de Bogotá, los primeros aparatos de televisión se constituían en centro significativo de congregación familiar y barrial, cuando los vecinos que aún no los tenían se reunían en la casa de los primeros poseedores de este tótem de la modernidad, intensificándose así los lazos familiares (el televisor presidía la sala de la casa) y las relaciones de vecindad.

“Cultura de masas” y “cultura de élite” no aparecían necesariamente enfrentadas. Era, entonces, una televisión que escenificaba obras de la gran dramaturgia universal. Antes que a través de los libros, allí conocí a los trágicos griegos, a Shakespeare, al teatro de García Lorca (recuerdo aún, la magnífica escenificación de *La Casa de Bernarda Alba*) y también los dramas contemporáneos del perceptivo y crítico teatro norteamericano del siglo XX. Bernardo Romero Lozano era, para la época, el más respetado de los directores de teatro, en la televisión. Los primeros seriados televisivos adaptaban obras cuentísticas y novelísticas de la literatura universal, latinoamericana y colombiana. Entonces, la pantalla chica, además de entretener, establecía vínculos muy ricos con la literatura de todos los tiempos. En “Veinte mil por sus respuestas”, célebre programa

cultural de entonces, animado por Gloria Valencia de Castaño y Antonio Panesso, eruditos personajes concursaban sobre *En busca del tiempo perdido* de Marcel Proust, o sobre la vida y milagros de las tortugas.

En el cine (en *Cinemascope* y *Technicolor*, como rezaban entonces los carteles de propaganda), gozábamos y sufríamos con las películas que llamábamos “de vaqueros” (esa épica de nuestra época, según lo afirmaba Alfonso Reyes), donde John Wayne hacía de *cowboy* invencible; mientras que en los filmes “de capa y espada”, recreación de la novela de folletín decimonónica, Errol Flynn se enfrentaba y vencía “limpiamente” a varios tunantes al tiempo. Desaparecida trágicamente, Marilyn Monroe se imponía como la diva mítica, con su desamparo de infancia y adolescencia, su agitada vida amorosa, su pelo oxigenado y sus poses provocativas; juanto a ella, Sofía Loren, Claudia Cardinale, Brigitte Bardot, María Félix, aparecían como los símbolos sexuales de la época.

Escribe Carlos Monsiváis, historiador insuperable de las mentalidades en nuestro subcontinente: “no creo exagerado un señalamiento: varias generaciones latinoamericanas extraen una porción básica de su formación melodramática, sentimental y humorística del equilibrio (precario y sólido a la vez) entre el cine de Hollywood y las cinematografías nacionales”. En mi infancia existía en los cines, programa anhelado toda la semana, el “social triple”: dos películas, generalmente norteamericanas, y la última, mexicana. El cine nacional, entonces, prácticamente no existía. Así, la cinematografía de la nación azteca, primera industria cultural en Latinoamérica, contribuyó también a nuestra educación melodramática y sentimental. Si, por una parte, reproducía, es cierto, los estereotipos del “macho” latinoamericano, de otra, escenificaba los dramas pasionales de una sociedad que se urbanizaba y en donde, como lo recuerda Jesús Martín Barbero, el hombre y la mujer del común se reconocían en los rostros mestizos, los trajes sencillos, las costumbres populares, las hablas regionales y los oficios de quienes hacían su tránsito del campo a la gran ciudad. Del cine español, en nuestra infancia, nos identificábamos con los arrobamientos místicos

de Pablito Calvo, en *Marcelino, pan y vino* y, en la adolescencia, admirábamos los senos opulentos y el canto sensual de la inmarchitable Sarita Montiel.

Por su parte, en los diarios de mi país, que ha ostentado uno de los mejor escritos periodismos de la región, obteníamos una visión más analítica, bien que parcializada, sobre los episodios de la Guerra Fría, así como de la guerra caliente, que enfrentaba entonces, a liberales y conservadores, en una lucha que se ha transformado, pero que aún no termina.

Los años universitarios: la contracultura estudiantil

Mi inolvidable período de estudios en la carrera de Sociología en la Universidad Nacional, en los años finales de los sesentas e iniciales de los setentas, coincidió con una época, para la juventud de todo el mundo, intensa, excesiva, utópica, efervescente, pasional. Hicimos parte, con nuestras cualidades y defectos, de una generación planetaria. La Universidad Nacional, y en ella, su recién creado Departamento de Sociología era, para la época, el epicentro del movimiento estudiantil colombiano. Allí se vivieron, de manera arquetípica, corporizados en variopintos e inolvidables personajes, muchas de las expresiones mundiales, políticas y culturales, de aquellos años febriles, que han marcado de manera decisiva el último trecho del siglo XX y siguen alimentando la nostalgia de muchos y el interés de las jóvenes generaciones.

Tenían presencia en este hervidero político, académico y vivencial que era la Universidad Nacional, en primer lugar, las diversas expresiones de una izquierda política soñadora, idealista, contestataria. Ella cuestionaba a las clases dirigentes de un país que juzgaba, con razón, conservador, generador de desigualdades, excluyente, intolerante e introvertido. Pero, con frecuencia, acabamos pareciéndonos a nuestros adversarios. Los grupos de izquierda, prosoviéticos, trotskistas, castristas, maoístas, proponían un modelo de ser humano y de sociedad, también conservador, dogmático y excluyente, como lo mostraría, años después, la caída, como castillos de naipes, de los "socialismos reales", que eran sus

modelos, carcomidos en su interior por renovadas desigualdades, el monolitismo de su Estado-Partido, la exclusión de la disidencia.

Camilo Torres Restrepo había comenzado su meteórica carrera política como capellán y luego líder del movimiento universitario de la Universidad Nacional. Su mesianismo, su inmolación, reminiscencia del primordial sacrificio cristiano, su ambigua idealización de la violencia, produjeron un enorme impacto en el imaginario y en las pasiones de los estudiantes de la época. Unos se sintieron convocados por la interesante experiencia del *Frente Unido*, alianza inédita de cristianos, marxistas y no alineados, que buscaba ser una alternativa política a los dos partidos tradicionales. El abandono de la lucha política legal, con el ingreso de Torres Restrepo al E.L.N., dejó sin líder a quienes apostaban por una vía pacífica y democrática para lograr sus reivindicaciones, al tiempo que esa decisión impulsó a ciertos dirigentes estudiantiles a “irse para el monte”, como se decía en la jerga de la época, en una expresión que recordaba la decisión de sus ascendientes, para vincularse a las guerrillas liberales y conservadoras. En la guerrilla foquista muchos ofrendaron sus vidas, bajo el mando de jefes que, por demás, no supieron comprenderlos, desconfiando de los “intelectuales” de quienes recelaban su capacidad crítica, que, a la larga, entraba a cuestionar organizaciones político-militares, verticalistas y autoritarias.

Izquierda letrada, en la Universidad los grupos de estudio de “la realidad nacional” constituyeron para muchos una ocasión de conocer, con otros ojos, la historia del mundo y del país, así como su actual configuración socioeconómica. La “ética del deber sacrificial” llevaba a la lucha denodada por utopías que constituirían una versión secularizada del paraíso en la tierra. Procedentes casi todos nosotros de familias católicas, en el país que registró la iglesia más conservadora y eclesiástica en toda América Latina, (refrendada en la Constitución de 1886, que rigió por casi un siglo), en los numerosos grupos de izquierda se revivía el espíritu eclesial y misionero del cristianismo occidental, pero también su dispersión en organizaciones fundamentalistas, que generaban opuestas interpretaciones de los textos canónicos. Se constituyeron así —

dicho esto sin ironía, más bien como la constatación de una notable homología con otro campo social— sectas y capillas, dotadas de papas y antipapas (“revisionistas” eran llamados, con espíritu escolástico, estos últimos), sacerdotes (dirigentes partidarios), intérpretes legítimos de las “escrituras sagradas” (Marx, Lenin, Trotsky, Mao, el Che Guevara, Althusser, etc.), ritos de iniciación, de pasaje y de expulsión, liturgias revolucionarias, herejes y santos.

Pero no sólo se registraba en la bulliciosa e intensa Universidad de aquel entonces un activo movimiento político, sino también, en el sentido amplio del término, se expresaban movimientos culturales, esto es, agrupaciones, o grupos de amigos y amigas, que buscaban proponer otras creencias e interpretaciones, valores, formas de la sensibilidad y conductas, públicas y privadas, muchas veces en transgresión con la cultura de un país, en muchas de sus élites económicas, políticas e intelectuales, acartonado, provinciano, pacato y maniqueo. Kafka, Hesse, Sartre, Camus, las vanguardias artísticas de comienzos del siglo, el existencialismo, en un sector más reducido, las sabidurías orientales y los saberes indígenas, se constituían en fuentes de inspiración, recreadas en un contexto inédito. En estos jóvenes, que deseábamos hacer un “corte de cuentas” con el mundo de nuestros padres, estos autores y saberes eran con frecuencia repetidos como citas de autoridad, pero en los más independientes y perspicaces, eran recreados y asimilados desde sus necesidades y su circunstancia social.

El movimiento *hippie* se abrió a una comprensión y revalorización del Oriente y de las culturas premodernas. Aspiraba a nuevas formas de relación social, de intercambio emocional y simbólico, pero pretendió ilusoriamente crear otro paraíso, convertido, a la larga, en un nuevo gueto que iría languideciendo. “Paz y amor”, su lema central, expresaba su rechazo a guerra insensatas y a los valores individualistas y materialistas de sus conciudadanos y conciudadanas.

Una nueva generación, con expresiones planetarias, realizaba su ruidosa entrada al mundo histórico, realizando propuestas estéticas

y vitales, que se manifestaban en nuevos estilos de vida, renovadas formas de expresión y sensibilidad, movimientos alternativos, los cuales han tenido un efecto perdurable sobre muchas expresiones culturales de nuestra época.

El Departamento de Sociología, desde sus comienzos, registró una masiva afluencia femenina, lo que contrastaba con el patrón predominantemente masculino, aún entonces imperante, de las carreras de ciencias básicas y técnicas. Eran mujeres que expresaban su insurgencia frente a un modelo familiar tradicionalista, patriarcal y católico, que veía con aprensión sus aires de independencia, su estrenada libertad sexual, su reivindicación de una participación más igualitaria con los varones en la rica y pluralista vida social, académica, cultural y política de la Universidad de aquel entonces. La presencia femenina, en el plano de la vida sentimental, pero también en la propuesta de nuevas formas de sociabilidad, de otra ética, crítica del afán de dominio instrumental, de imaginarios sincréticos, fue decisiva en la época.

Se leía con pasión, con intensidad. Autores clásicos y modernos de las Ciencias Humanas nos eran sugeridos y contextualizados por inolvidables *Maestros vocacionales*, referentes en el sentido intelectual y ético, que nos enseñaban que los libros significativos eran una herramienta de análisis, de comprensión e indagación de nosotros mismos, de nuestro entorno, del país y del mundo, y no un recetario escolástico de fórmulas, o bien, de frases para construir "casas de citas" o para descrestar calentanos. Ernesto Guhl, uno de los creadores de la moderna Geografía Humana en Colombia, nos invitaba a combinar nuestras lecturas y el estudio de los mapas con el reconocimiento directo, vivencial, de regiones y ecosistemas de un país que sólo adivinábamos a retazos. Nos mostraba como se podía conciliar, en la vida y en la obra, al científico natural y al científico social, al hombre de gabinete y de campo. Darío Mesa, humanista, suscitador, exigente, nos confrontaba con la exigencia del rigor intelectual, de la lucidez sin concesiones sobre nuestras limitaciones, pero también sobre nuestras fortalezas y posibilidades. Estos y otros *Maestros de maestros*, nos invitaban a pensar a Colombia

en el contexto de la historia universal, con sobrio realismo, sin patetismos ni miserabilismos, pero también sin mesianismos, con la conciencia de que no teníamos por qué ser menos, en el plano individual y cultural, que nuestros coetáneos europeos o norteamericanos. Nos aclaraban, con su vida, su ejemplo y su obra, que la naturaleza y la proyección del intelectual no dependen de condiciones de raza o geografía, sino del cultivo de cualidades que también nosotros podíamos desarrollar, como la disciplina de estudio, la capacidad crítica, la confianza en nuestro talento y nuestra fuerza, el conocimiento de expresiones del pensamiento propias de autores de fuera, así como de nuestros pensadores, la audacia, la capacidad de proponerse metas a largo plazo, la voluntad de proyección.

La literatura de ficción constituía un complemento saludable, con su refiguración de la vida cotidiana de una época, de un pueblo, de un continente, de nuestras lecturas políticas y académicas. Entonces, era el momento en que Latinoamérica estaba de "moda" en el Primer Mundo por sus políticos revolucionarios y por sus magníficos —y de seguro perdurables— novelistas y poetas. Se vivía la efervescencia del "boom" de la novelística latinoamericana. Con asombro, con fruición, con el deslumbramiento de quien descubre un nuevo continente, a la vez geográfico-histórico y literario, nos reconocíamos como partícipes de la "Patria grande" latinoamericana y así descubrimos una pléyade excepcional de escritores, algunos de los cuales habían comenzado, por demás, a publicar su obra ya en los años treintas. Carpentier, erudito, musical y visual, cosmopolita. Borges, metafísico, ironista y fantástico. Onetti, introspectivo y desarraigado. Rulfo, conjugador del realismo mágico y de una visión campesina. Sábato, que nos conducía en sus viajes literarios a conocer seres y lugares infernales. García Márquez, caribe, colombiano, universal. Cortázar, lúdico, sorprendente y refinado. Guimaraes Rosas, en cuyas obras el mundo de las tinieblas, del diablo y los bandoleros, emergía como la otra cara de la religión, de lo sagrado, del orden sociopolítico vigente. Fuentes, buceador de la intra-historia de un México, que hace parte de las claves de un mundo

por venir. Vargas Llosa quien había recreado personajes que, siendo de su Perú nativo, eran también, indiscutiblemente, latinoamericanos.

Nuestros gustos cinematográficos se transformaron. Ni películas de acción, ni melodramas. Deseábamos superar nuestra adolescencia, barrial o provinciana. En consonancia con un clima cultural como el que entonces se vivía, elitista a su manera, a la vez que contestatario, apreciábamos el “cine de autor”, en especial el europeo: De Sica, Fellini, Antonioni, Bergman, Godard, y expresiones vanguardistas del cine latinoamericano. En el cine italiano de la época, en una etapa por él hasta hoy insuperada, reconocíamos nuestra sensibilidad latina, al tiempo que asistíamos a la recreación de dramas y conflictos contemporáneos. Bergman nos confrontaba con un universo metafísico que pretendíamos —seres trascendentales, a la vez, que históricos— hacer compatible con el potente realismo de las nuevas expresiones cinematográficas latinoamericanas. Los cineclubes, también en ciudades intermedias —recuerdo el dirigido por Hernando Salcedo Silva, uno de los creadores de la crítica de cine en Colombia, y, en la Universidad Nacional el cineclub *Ocho y medio*— se constituían en animados foros de debate, en donde se desmenuzaban las obras cinematográficas, a veces, es cierto, buscando imposibles mensajes o interpretaciones retorcidas.

En la Universidad Nacional, noveles escritores, algunos de ellos hoy con reconocimiento nacional o incluso internacional, asimilaban con avidez la literatura moderna y contemporánea, particularmente la europea y norteamericana, y a los autores del “boom”. Por entonces, a finales de los sesentas, se creó en el *Alma Mater* una tertulia informal, cálida, pluralista, cuyo nombre era *Sanchito*. Con periodicidad, autores aún desconocidos, que hacían sus primeras incursiones en la escritura de ficción o en la crítica literaria, leían su relatos, poesías o ensayos. Roberto Burgos, Rafael Humberto Moreno Durán, Juan Gustavo Cobo, Francisco Sánchez, Santiago Aristizábal, Gabriel Restrepo, Néstor Miranda, entre otros que se me escapan de la memoria, se presentaban ante un público estudiantil, entre el cual me encontraba, ávido de conocer y escuchar a sus coetáneos, que insurgían después de los escritores del “boom” y que enfrentaban,

con ello, un formidable reto para diferenciarse y ofrecer una propuesta literaria alternativa. Tenían estos contemporáneos un conocimiento precoz de la tradición literaria de Occidente, considerando que todos teníamos apenas, ¡ay!, veinte años.

La música, en particular desde los sesentas, ha sido un decisivo referente de *identidad generacional*. Los *Beatles* y los *Rolling Stones*, expresaban dos formas contrastadas de asumir el rock, ya entonces música juvenil universal. Se vivía "a toda máquina". Andrés Caicedo, un portavoz de esta generación, afirmaba que no se debía vivir más allá de los veinticinco años. Janis Joplin, Jimmy Hendrix y Jim Morrison (y, en nuestro país, el mencionado autor de *Viva la música*) expresaron con su muerte temprana, sus excesos y su transgresión permanente, el sino de algunos de los más talentosos, quienes al franquear todos los límites, en vidas tumultuosas a la vez que muy creativas, alcanzaron una muerte temprana (y la inmortalidad, desde el punto de vista de sus *fans*). La poesía se expresó masivamente a través de cantautores como Joan Manuel Serrat, "un latinoamericano de Barcelona", según su propia definición, quien dio a conocer a públicos amplios, grandes poetas de la lengua española:

Caminante

No hay camino

Se hace camino al andar

Esta estrofa de Don Antonio Machado, popularizada por el cantautor español, expresaba, con sin igual concisión y fuerza expresiva, una orientación espiritual compartida por ciertos sectores de mi generación, que rechazaba los dogmas políticos, religiosos, ideológicos, y confiaba en la independencia de juicio, al tiempo que, cuestionando cualquier filosofía de la historia, afirmaba la eterna sorpresa y la indeterminación de la vida humana.

La *Sonora matancera*, con figuras que han acompañado ratos inolvidables de tres o cuatro generaciones de latinoamericanos, como Daniel Santos, Leo Marini o Celia Cruz, al igual que los tangos, con su expresión, a la vez metafísica y maleva, las románticas

canciones de *Los Panchos* y *Los tres diamantes* y las voces emergentes de la "Nueva ola" (que tuvieron en Colombia una plataforma de lanzamiento en el célebre programa televisivo *El club del clan*, dirigido por Alfonso Lizarazo), hablaban de amores idealizados, muchas veces del desamor, el abandono y la queja, manifestando la pasión por el baile y el fondo melodramático, propios de la idiosincracia cultural del latinoamericano. La "canción social" o de "protesta", de composiciones panfletarias muchas de ellas, y de un buen nivel estético unas pocas, ponían a cantar inflamadamente a los jóvenes, en rumbas, huelgas y protestas.

"Prohibido prohibir", "La imaginación al poder", "Sed realistas, pedid lo imposible", "Hagamos el amor y no la guerra", eran consignas del mayo francés del 68, que se conjugaban, en los turbulentos *campus* universitarios de América Latina, con grafittis y proclamas más agresivamente políticas. Sobrepolitización que manifestaba la versión reactiva, desde la izquierda, idealista pero maniquea, del alineamiento incondicional de nuestros países con la potencia vencedora en la postguerra.

Frente a los Medios de Comunicación masivos, en una población estudiantil muy ideologizada, predominaban las visiones de los "apocalípticos." Sospecha, denuncia, alienación, estas actitudes hacia la Industria cultural fueron alimentadas tanto por una tradición académica letrada, aristocratizante, que identificaba a los Medios, intrínsecamente con la "baja cultura", como por corrientes partidistas militantes que denunciaban la manipulación de las conciencias por parte de éstos. Rescatando la parte de razón de estas versiones, ellas hacían parte, en su unilateralidad y en su extremismo, es necesario recordarlo, de una cultura académica y política muy polarizada entonces, poco abierta a los matices y al diálogo. Por cierto, era la otra cara de la moneda, de organizaciones políticas, religiosas y universitarias, propias del Establecimiento colombiano desde el siglo XIX, también dogmáticas, excluyentes y maniqueas.

Puede afirmarse que, en el fondo, muchos académicos y militantes hacían parte de una cultura aún decimonónica, en la cual, de la

denuncia de los usos manipulatorios que pueden registrar los Medios, se pasaba, sin mediaciones, a la desconfianza de los Medios audiovisuales electrónicos en sí mismos, considerados como adversarios a muerte de la cultura letrada, y a los celos frente al periodista, ese nuevo "intelectual orgánico". Nuevos iconoclastas, se sospechaba de las imágenes visuales, de lenguajes y formatos diferentes a los del libro tradicional y la monografía científica, o bien, al folleto agitacional, la octavilla o el panfleto.

Los años ochenta: los estudios de comunicación y cultura

Somos seres sociales, constituídos en buena parte por las redes de relaciones de las cuales (de manera voluntaria o por aceptación resignada) hacemos parte. Espejos refractados, nos construimos en la interrelación con los seres humanos significativos, generándonos y generándonos sentimientos de amor, rechazo, admiración, identificación o ambivalencia. Somos lo que somos, por el poder configurador de nuestras instituciones de sociabilidad y socialización: la familia, los grupos de pares, la escuela, las iglesias, los partidos políticos. Nuestras afiliaciones laborales, en particular cuando se constituyen en una opción de vida, son también un marco de (re)definición permanente de nuestra(s) identidad(es).

En los años ochentas, para quienes hemos trasegado en las Ciencias Sociales en el campo académico (ámbito sociocultural significativo de configuración de mi identidad, de mis grupos de referencia), pero también desde el Estado y los Movimientos Sociales, se sucede una *revalorización* de los fenómenos culturales, frente a la unilateralidad del economicismo y el politicismo propios de los años anteriores, tanto en su versión de izquierda, como del pensamiento académico tecnocrático, que entonces se pretendía hegemónico. Desde la esfera de lo *simbólico-expresivo*, partiendo de las creencias, imaginarios, valores y actitudes de seres que viven, luchan, aman y sueñan, en circunstancias históricas concretas, se ha buscado construir una nueva mirada para nuestras sociedades. No se renuncia a la consideración de la economía y la política como factores generadores de la sociedad, más bien, se las estudia desde una óptica y una causalidad diferentes.

Economía (Marx *dixit*) y política (Weber *dixit*) son constituyentes, es cierto, pero también *constituídas*. Construcciones sociales, que poseen intrínsecamente, como todo hecho social, una expresión intersubjetiva constituida y reproducida mediante el *símbolo* (pacto, vínculo, intercambio, en su significado primigenio en el griego original) por medio del cual los conocimientos sociales, las valoraciones, las actitudes, los hábitos, los intereses y las emociones de quienes son sus portadores se constituyen en elementos de su materialidad histórica, al mismo tenor que la tecnología, los bienes de consumo o las armas. La Hermenéutica, La Historia de las Mentalidades, la Sociología Fenomenológica, la Economía Institucional, el Psicoanálisis, la Antropología Simbólica, corrientes de la Crítica Literaria, son orientaciones en las Ciencias Humanas en donde la dimensión cultural es un eje central de su mirada y de sus conclusiones. Con esta óptica, que no pretende sustituir un *ismo* por otro sino enriquecer visiones anteriores, se valorizan instituciones, agentes, prácticas, procesos y fenómenos que, para los medios intelectuales o políticos, habían constituido tradicionalmente una expresión residual.

De este modo, desde los años setentas, participo activamente, como profesor e investigador, en la animación de corrientes culturales, entonces soslayadas y subalternas, que sólo hoy en día comienzan a alcanzar reconocimiento. Era necesario superar el especialismo, esa enfermedad profesional del académico, disolver los celos "territoriales" de quienes pensaban que estábamos invadiendo sus feudos intelectuales, convencer a otros de que los procesos culturales no se reducían a los fenómenos artísticos y de que éstos últimos poseen, además de sus funciones lúdicas y catárticas, una dimensión cognoscitiva que arroja luz decisiva sobre las sociedades humanas, por lo que han enriquecido, en mayor medida de lo que se reconoce en una tradición objetivista y reductora, la mirada y los métodos de las Ciencias Sociales. La creación de una Maestría en *Estudios Culturales*, en la Facultad de Ciencias Humanas, en la que estamos comprometidos profesores y profesoras de diversas áreas disciplinares, constituye un hito académico en Colombia que, seguramente, impulsará la investigación y la docencia sobre estas temáticas en el país.

Desde el año de 1973 he desarrollado una ininterrumpida actividad docente. Intenso diálogo intergeneracional, ella me ha permitido no perder sintonía con los universos simbólicos, las emociones, las expectativas y demandas de las nuevas generaciones. Cuando creemos, de modo absoluto, con una nostalgia egocéntrica, que "todo tiempo pasado fue mejor" y, de modo correlativo, nos encerramos en nuestras maneras de ver y sentir el mundo, corremos el peligro de aislarnos, envejecer prematuramente, disminuir nuestra creatividad y la comprensión del universo en que vivimos.

La labor pedagógica no supone, sin embargo, una aceptación acrítica de lo que el estudiante dice y piensa. Se trata de una relación dialógica, no exenta de conflictos, de descalificaciones de una y otra parte, de maestros aburridos o dogmáticos y de estudiantes perezosos, o también arrogantes. En ella, no sólo impartimos nuestros conocimientos en un área determinada, sino también somos juzgados implacablemente por nuestros discípulos, en razón de nuestros comportamientos, dentro y fuera del aula de clase, de la coherencia entre lo que decimos y lo que hacemos.

Se le preguntaba a Baldomero Sanín Cano, al cumplir 90 años, cual era su opinión sobre el pleito de las generaciones. El Maestro, sabio y socarrón, respondió: "Mire, en todas las épocas ha habido jóvenes inteligentes y jóvenes brutos y viejos inteligentes y viejos brutos". Existen buenos y malos estudiantes (como también competentes y también rutinizados profesores), pero en cada curso el docente descubre —en unos pocos, quizás— independencia de juicio, capacidad de hacer preguntas que vayan más allá de lo manido y trillado, genuina vocación intelectual, deseo de que su tránsito vital no pase desapercibido.

Cada generación vive sus propios retos, construye, o reconstruye, sus hitos simbólicos, sus héroes y antihéroes, sus sueños, sus temores y sus vergüenzas. El maestro no puede sustituirla en esa actividad, pero puede ayudar a comprender a sus miembros que existe una tradición experiencial e intelectual que puede encauzar la tentación adánica de todo recién llegado al escenario histórico, ayudándoles a

comprender que no todo fenómeno novedoso es nuevo en verdad, original e inédito. Que, sin renunciar a una posición de compromiso con su país, con su época, con unos ideales, es necesaria una ética de la responsabilidad, que significa conciencia del contexto, ductilidad y capacidad de negociación y la capacidad de prever responsablemente las consecuencias de nuestros actos y de los de los otros. Mostrarles que el camino del conocimiento es ininterrumpido, zigzagueante, lleno de sorpresas y también de decepciones y que en su recorrido son tan importantes la concentración y el esfuerzo como la pasión crítica y la honestidad intelectual, para reconocer nuestra ignorancia y para saber que muchas veces una conclusión científica puede vulnerar creencias que suponíamos incontrovertibles.

Desde finales de la década de los años setenta he desarrollado una ininterrumpida actividad investigativa. En la investigación de campo ya señalé algunas de las zonas visitadas. En ellas y también en las salidas al terreno con mis discípulos de Sociología Rural y, luego, de Sociología Urbana, he podido conocer diversas regiones y ecosistemas del territorio nacional, zonas citadinas diversas, tipos variados de arreglos económicos, de redes sociales y simbólicas, de tipos humanos, representativos de la otra Colombia. He podido conocer y conversar con sus representantes: familias y economías campesinas andinas: productoras de tabaco, caña de azúcar o café, cultivadores de coca, en el sur del país, proyectos de desarrollo regional, en el Quindío, en Santander o en Caquetá. En el medio urbano, en Bogotá particularmente, me he adentrado con mis estudiantes y con líderes barriales en el denso, heterogéneo e inagotable mundo urbano-popular, que no se reduce, ni mucho menos, a las figuras estigmatizadas del sicario, el drogadicto o el indigente.

En esta circunstancia, en la cual somos, a la vez, influenciados, pero también, en alguna medida, artífices de orientaciones culturales, en este caso académicas, algunos volvimos a toparnos con los Medios, como expresión central de la cultura contemporánea. Pero no se trataba ya de la visión maravillada, pero ingenua, de la infancia

y la adolescencia. Tampoco de la desconfianza letrada y apocalíptica de los años universitarios. En este caso, se pretendía comprender cómo los Medios (la prensa, los *cómics*, la radio, la televisión, el cine, la industria discográfica vehiculizada por ellos, a lo que habría que agregar, hoy, la Internet y el multimedia) se constituían en fuente de nuevos imaginarios que reinventaban relatos míticos, príncipes y princesas, historias sentimentales, noticias del ancho mundo. Fuentes de socialización decisivas, de "construcción" de la realidad, ubicuas, ambiguas, pero omnipresentes.

Sin incurrir en las loas que han visto a los Medios como instrumentos indiscutibles de transparencia, participación y democratización de la sociedad, el reto ha sido, desde entonces, entender que los Medios audiovisuales electrónicos, concebidos como institución social, no son un campo homogéneo, un aparato unificado (el "Gran hermano"), sino que a su interior coexisten y luchan por expresarse distintas concepciones, diversas versiones de la realidad. En los procesos de construcción de la noticia se suceden situaciones complejas de *negociación de sentido*, que no se han analizado suficientemente. Además, el receptor no es un sujeto pasivo, una *tabula rasa*, una caja negra, en donde los mensajes mediáticos penetran sin fisuras, sin resistencias. *Ni apocalípticos, ni integrados*, el desafío es comprender los Medios como un *campo* conflictivo dentro del sistema social, logrando intervencionalizar sus dimensiones tecno-científicas, sus expresiones económicas y empresariales, su incidencia en las estructuras de poder (pero también de contra-poder), su lenguaje particular, su capacidad de conformación simbólica colectiva. Pero también de entender las *mediaciones socioculturales*, situadas entre el emisor y el receptor, que nos retrotraen al estudio de las "comunidades de sentido", desde las cuales el lector, el radioescucha, el televidente o el cibernauta, establece sus universos de significado para asimilar y resignificar las voces, las músicas, los signos icónicos, los textos verbales o escritos, aportados por los Medios de Comunicación de masas. Es necesario, por ello, el análisis de las actitudes, códigos y estrategias de los receptores, incluyendo el permanente *autoanálisis* realizado

por el investigador, él también usuario de los Medios y miembro de comunidades de sentido.

El redescubrimiento de la identidad Latinoamericana

A finales de los años ochentas, en consonancia con un grupo de estudiantes que organizó con éxito el *Primer Encuentro Latinoamericano de Estudiantes de Sociología (ELES)*, inauguré la cátedra de *Sociología latinoamericana*, en el Departamento de Sociología de la Universidad Nacional, quedando ella, en ese entonces, bajo mi responsabilidad. Desde mis épocas de estudiante, además de los autores de la narrativa, ya aludidos, y de la poesía —Neruda, Vallejo, De Greiff, Borges, Paz, entre los más conspicuos—, circulaban textos de analistas sociales latinoamericanos, entre los cuales deseo citar, sin pretensión de ser exhaustivo, a José Luis Romero, Raúl Prebisch, Gino Germani, Antonio García, Fernando Cardoso, Orlando Fals Borda, Jorge Graciarena y Aníbal Quijano. Autores que han contribuido a pensar su realidad continental y nacional, mediante una recepción activa, crítica y recreadora, de muchos conceptos e hipótesis de las Ciencias Sociales, desarrollados en otros marcos geográficos, proponiendo nuevas explicaciones y formas de comprensión de nuestras sociedades y creativas metodologías de investigación e intervención social y constituyéndose, desde entonces, en voces polémicas y propositivas en el debate internacional de las Ciencias Sociales. Considero que para la constitución de una identidad como latinoamericanos, como intelectuales, como científicos sociales, la frecuentación por parte de muchos de nosotros, de estos autores, fue esencial en nuestra etapa formativa.

Mi participación en el Comité Organizador de los *Encuentros Internacionales en Estudios Culturales en América Latina* en el Centro de Estudios Sociales de la Universidad Nacional en los últimos 4 años, ha sido otra experiencia muy significativa en mi trayectoria intelectual, en la confirmación de mi identidad sociocultural y de mi interés frente a los Medios. Esta circunstancia me ha permitido conocer y escuchar a destacados investigadores latinoamericanos de generaciones posteriores a los científicos sociales antes aludidos,

quienes han mostrado a un público colombiano, compuesto de académicos, pero también de estudiantes, funcionarios y miembros de organizaciones sociales, que desde el subcontinente se está diseñando un tipo de reflexión sobre las culturas latinoamericanas y los Medios de Comunicación masivos, denominado como los estudios de *Comunicación y cultura*, reconocibles y aceptados en el debate internacional, los cuales, asimilando creativamente los aportes realizados en otros lugares del mundo, se constituyen en una orientación plural de pensamiento, investigación y acciones colectivas, que no es epigonal de las tendencias hoy dominantes en Estados Unidos o en Europa.

Esta experiencia me ha sido decisiva para redefinir una identidad que, sin negar un arraigo local y nacional, los trasciende, para permitir insertarme (insertarnos) en una identidad latinoamericana, *transcultural, mestiza, plural*, en permanente proceso de construcción. Desde ella, nos es posible, como sucede con otras identidades similares, desarrollar una mirada distintiva (no por ello reactiva y menos chovinista) sobre el mundo, la cual supone complicidades intelectuales y afectivas, memorias compartidas, fracasos y proyectos colectivos. Desde esta perspectiva, se ha comenzado, en las tres últimas décadas, en un proceso en el cual participo, a investigar problemáticas relacionadas con los Medios, marginales desde los cánones de las teorías hegemónicas dedicadas a esta temática.

Así, antes que oponer excluyentemente lo tradicional a lo moderno, la comunidad a la sociedad, el subdesarrollo al desarrollo, la relación cara a cara a la relación mediática, lo sagrado a lo profano, lo legal a lo ilegal, lo erótico a lo violento, Eros a Thánatos, según visiones racionalistas y evolucionistas al uso, se ha estudiado en América Latina, en experiencias que buscan conjugar renovados marcos teóricos con la investigación de campo, cómo se interpe-netran *narrativas tradicionales y narrativas audiovisuales*, matrices míticas y matrices racionales, dimensiones inconscientes y conscientes, antes que concebirlas como momentos de un proceso, en donde las segundas inevitablemente borrarían a las primeras. Para explicar estas realidades, irreductibles a los cánones de la “ciencia normal” —que implican

que por parte de estos autores y homólogos en diversas partes del mundo, se está construyendo un nuevo paradigma de los *Estudios Culturales*— se han debido interfecundar distintas miradas disciplinares, dialogar con saberes de otros actores sociales y construir metodologías más perceptivas y multilaterales. Se ha ahondado así, en los arquetipos primordiales, presentes en el inconsciente colectivo de los latinoamericanos, propio de lo que Ricoeur llamaría su núcleo *ético-mítico*, al tiempo que muchos investigadores de la región, que se han constituido en una suscitación de mi propio trabajo, buscan comprender la paradójica inscripción en la modernidad de nuestras comunidades humanas, para lo cual éstas deben desarrollar, de modo paralelo y no excluyente, elementos de una actitud pragmática, instrumental, racional, en donde predomina la frialdad afectiva y la relación entre medios y fines. De este modo, buscamos comprender la coexistencia e interinfluencia de formas de sociabilidad e imaginarios tradicionales con redes de interacción social, actitudes y creencias, propias de la Modernidad y aún de la Postmodernidad.

Los *Estudios Culturales* en América Latina, han mostrado, así mismo, cómo las concepciones tradicionales, canónicas, que delimitaban nítidamente lo "culto", lo popular y lo mediático, hoy tienden a quedar superadas con el desarrollo de "culturas sincréticas", en donde íconos, temas, expresiones de la cultura de élite son resignificados por los Medios, así como las expresiones audiovisuales, con su carácter masivo y su interpelación a la sensibilidad y al inconsciente, constituyen una forma de expresión de lo culto y de lo popular. Las canciones campesinas y aldeanas, todavía predominantes en muchos sectores de la población latinoamericana hace medio siglo, se han transformado, con el impulso decisivo de los Medios electrónicos, en la música pop, en el rock latino, en el nuevo tango, en los cruces inagotables de la música brasileña, en la salsa, género musical que más identifica a los latinoamericanos en el extranjero, en los vallenatos de Carlos Vives. El *video-clip*, testimonio de una nueva estética audiovisual, sincrónica, mestiza, audiovisual, conjuga el impacto de la imagen, de la música y de los cantantes, nuevos ídolos populares.

De otra parte, movimientos étnicos, cívicos, ambientalistas, religiosos, etc., buscan la expresión y reconocimiento de sus voces, sus miradas, sus intereses, sus reivindicaciones, ya sea en las empresas y canales mediáticos hegemónicos, ya creando Medios alternativos, que llegan a públicos crecientes en Latinoamérica. El movimiento indígena, los sindicatos, las organizaciones de mujeres, ambientales, cívicas, organizaciones o colectivos de artistas e intelectuales, buscan la posibilidad de dar a conocer sus voces, sus propuestas, su visión del mundo, utilizando canales de difusión masivos.

Se estudia en la región también, el papel contradictorio de las expresiones mediáticas, frente a los procesos de globalización. De una parte, se resalta el papel que han tenido los Medios en la conformación de identidades locales, regionales, nacionales y continentales al permitir la escenificación de expresiones culturales de diverso radio de acción, de hablas, comidas, leyendas, costumbres, narraciones, que contribuyen a crear las *identidades imaginadas*, que constituyen las regiones o las naciones. Pero también, la prensa, el cine, la radio, la televisión, la Internet, son transmisores de bienes simbólicos internacionales, formas de vida y de interacción, de creencias y actitudes, que expresan, de modo consciente o inconsciente, las matrices socioculturales de los países postindustriales, especialmente los Estados Unidos, en donde tales bienes simbólicos se producen. Pero un reto de los investigadores es el de comprender cómo estas imágenes y mensajes que poseen, es cierto, connotaciones culturales y políticas subyacentes, son asimiladas y resemantizadas en función de formas diferentes de vivir, de pensar, de trabajar, de soñar. Con todo, un reto aún no superado es crear, desde nuestro subcontinente, una *producción audiovisual endógena*, como se ha llevado a cabo en las artes, que potencie y proyecte la riqueza de nuestras narrativas tradicionales y urbanas, de nuestros imaginarios, de nuestra creatividad inagotable.

Las pertinentes y penetrantes reflexiones, con un fundamento teórico, el diseño de novedosas metodologías y, a la vez, la investigación sistemática, sobre estos y otros temas, de José Joaquín Brunner o Guillermo Sunkel, en Chile, de Carlos Monsiváis o

Néstor García Canclini, en México, de Eliseo Verón o Beatriz Sarlo, en Argentina, de Renato Ortiz en Brasil, de Rosa María Alfaro, en Perú, de Jesús Martín Barbero en Colombia, de Antonio Pasquali en Venezuela, han constituido para mí y para muchos estudiosos latinoamericanos sobre la cultura y los Medios, un estímulo intelectual decisivo. Nos han mostrado estos personajes cómo, desde la periferia, abiertos a la historia planetaria, pero conscientes de nuestra especificidad, de nuestra ubicación en un mundo asimétrico, de nuestros intereses y expresiones culturales, se puede participar en el proceso de globalización, estando en la frontera del conocimiento en un área específica, y aportando al esclarecimiento de la naturaleza, las funciones, las posibilidades, los peligros, las paradojas, de esa institución central e insoslayable de nuestra época: los Medios de Comunicación masivos.

Al mismo tiempo, estas elaboraciones, dentro de un proceso de *reflexividad* y *subjetivización*, han sido asimiladas por comunicadores y movimientos sociales para plantear nuevas expresiones y funciones de los Medios en nuestras sociedades. La receptividad y el interés hacia estas elaboraciones académicas latinoamericanas, por parte de investigadores de universidades de los centros tradicionalmente productores del conocimiento académico en Estados Unidos y Europa Occidental, expresan la posibilidad de una *relación horizontal*, que no encubra las divergencias, pero que asuma que, en tiempos de mundialización, es necesaria la interpenetración de diversos saberes y experiencias, siempre y cuando para ello no se exijan certificados de validación y legitimación, unilateralmente conferidos por una de las partes.

Europa: la confrontación con el "otro"

Mi estadía de estudios en España, recientemente, la cual me permitió la realización de viajes a otros países europeos, confortó en mí ciertas creencias, cuestionó otras, me permitió vivir en otra civilización, diferente de la latinoamericana (de acuerdo a la consideración de un conocido sociólogo, como Samuel Huntington), que posee otras formas de ver y vivir la vida, de comer y hacer

fiestas, de rezar e imprecicar, de amar y odiar, de resolver sus conflictos. El español contemporáneo ha aprendido, al fin, de su cruento devenir ("Quien no conoce la historia, está condenado a repetirla", se decía incesantemente, sin realmente comprenderlo, en mis épocas de estudiante), desarrollando un pacto fundacional de la Democracia, tras la larga noche del período franquista, corporizado en la Constitución de 1978. Ella constituye un conjunto de normas, de derechos y deberes, referentes para la solución pacífica de sus conflictos, los cuales son respetados y han sido internalizados por sectores significativos de su población. En suma, han logrado construir un Estado de Derecho, imperfecto, es cierto, pero donde existe un orden legal que no puede ser impunemente vulnerado, ni por la oposición, ni por miembros del Estado.

Pero también se echa de menos en estos países —que han conseguido, ¡quién puede negarlo!, una alta calidad de vida— el afecto, la solidaridad, la fiesta, el baile, la emotividad y expresividad latinoamericanas, que si bien requieren, es cierto, del encauzamiento de una racionalidad moderna, con todo, no pueden negarse o reprimirse, porque constituyen un referente de identidad ineludible.

Aquellas sociedades denominadas *postindustriales*, *del ocio*, *de la información*, *postmodernas*, muestran al observador periférico expresiones de la comunicación interpersonal y de la comunicación mediática que son, de alguna forma, tendencias universales. Inmersos en la vida cotidiana de estos países se comprenden mejor corrientes académicas y culturales que hablan de las imágenes virtuales como una segunda realidad propia de sociedades caracterizadas por una audivisualidad secundaria. De la información, como fuerza productiva básica, fundamento, hoy en día, de las organización social y el poder. De la sociedad de servicios o del tiempo libre. De la disolución del sujeto, de la desaparición de la utopía, del hedonismo como una forma de vida, de la eclosión de las postmodernidad.

Los ciudadanos de estos países tienen acceso a todos los Medios audiovisuales electrónicos, lo que supone que, en buena parte de su vida, se hallan bajo su influencia multilateral, en calidad de escuchas

de la música, radioyentes, televidentes, lectores de libros, revistas y periódicos y usuarios del computador, con sus múltiples servicios y posibilidades. Viven así, en una gran parte de sus vidas, en una *audiovisualidad secundaria*. Esto es especialmente cierto, en relación a su mirada sobre el "Tercer Mundo". Para un colombiano no es fácil de asimilar el hecho de que la visión de su país sea conferida en lo fundamental a través de los Medios, quienes, con excepciones, sobre todo en la prensa, presentan un flujo ininterrumpido de masacres, asaltos a poblaciones, secuestros, actos de corrupción, etc., que nos han convertido, hoy en día, quizás en el pueblo más estigmatizado de la tierra. Y no es que que no sea cierta la escandalosa y, hasta el momento, inatajable degradación del conflicto armado en Colombia, el corporativismo y la progresiva clientelización de su clase política, el deterioro dramático de la situación socioeconómica, pero ello es sólo *una parte de la verdad*. En la faz oculta del país, miles de colombianos y colombianas en todos los rincones de la patria, se hallan comprometidos en propuestas colectivas (locales y regionales, sobre todo), ecológicas, cívicas, de nuevos modelos productivos, de formas de convivencia intercultural e interétnica, comunidades de paz, colectivos de artistas y de intelectuales, etc. Corriente de *Eros*, que busca contrarrestar a los agentes de la guerra, sin utilizar sus armas mortíferas. Pero son estas iniciativas, muchas veces desarticuladas, las cuales, en la mayor parte de los Medios de Comunicación masivos, particularmente en Colombia misma, aparecen como expresiones marginales y casi folclóricas, puesto que no son "noticia", no generan *rating*, son informaciones "aburridas."

"Toda determinación, es negación", afirmaba Spinoza. La experiencia y la observación atenta de una sociedad extraña ilumina dimensiones positivas, antes no percibidas, en la nuestra (y en nosotros mismos) y devela, a la vez, limitaciones, carencias, defectos propios, no claramente percibidos a fuerza de experimentarlos como "naturales." La experiencia del viaje y de la vivencia en una sociedad extraña es así una forma de conocerse mejor a sí mismo y a la colectividad de la que hacemos parte, al tiempo que de ampliar nuestros referentes sociales y culturales.

Los colombianos, ya lo he afirmado, somos objeto de una estigmatización universal por la cual, lo que es peor, muchos de nuestros connacionales han llegado a creer que nuestra calamitosa situación actual es un sino insuperable, expresión de una "psicología nacional" contrahecha, delincuente, homicida, tramposa. Pero vivir en otro país es también la posibilidad de conocer compatriotas que, con su ejemplo y sus propuestas, develan la esquiva cara diurna de los colombianos, oculta tras la grave crisis histórica que nos aqueja. En el plano académico, si bien registramos grandes carencias y dificultades, deficientes bibliotecas, sueldos insuficientes, dificultad para reunirnos con académicos e investigadores de otros contextos nacionales, restricciones presupuestales para la investigación, amenazas de diverso signo para investigadores independientes, etc., la experiencia de la mayor parte de los colombianos que realiza sus estudios en el exterior es que, si bien siempre debemos aprender de otras culturas, corrientes intelectuales y medios académicos, las mejores universidades de nuestro país han logrado una cierta acumulación de capital cultural, con profesores e investigadores que, en sus mejores exponentes, no son simples repetidores de lo que otros dicen, figuras epigonales, sino que, desde su condición periférica, se constituyen en creadores de nuevo conocimiento y son, o pueden ser, interlocutores legítimos de sus homólogos del Primer Mundo. Y si se señala, con cierta delectación morbosa, el inagotable ingenio de los colombianos para violar la ley, también es justo afirmar que el estudiante colombiano, lo escuché con reiteración en diversos países, suele distinguirse por su capacidad de estudio, su iniciativa y participación, su posición crítica y su creatividad.

Sobre los lomos de un nuevo siglo

Sucesos académicos y vivencias familiares y sociales son diversas experiencias que han contribuido a gestar un interés y una opción investigativa que es también, desde cierta perspectiva, una opción de vida. Hoy en día, a través de mis hijos, de mis alumnos y alumnas, de una generación para la cual el siglo XX es una referencia ya borrosa, he reiterado la importancia capital de la dimensión

audiovisual de los Medios de Comunicación modernos, en los procesos de educación y gestación de una visión del mundo. Las sensibilidades juveniles son propias de lo que MacLuhan denominara una "civilización videoacústica", compuestas de fragmentos de imágenes icónicas, palabras, ritmos musicales, en un *tempo* acelerado, sincopado, vertiginoso. Menos teóricos y reflexivos, se dice de los jóvenes actuales, que las generaciones anteriores. Pero haciendo aparte una idealización que no explica porqué estamos dónde y cómo estamos, podría hablarse de otras formas de pensamiento, no carentes de agudeza, de preguntas pertinentes, de una crítica despiadada al mundo en que vivimos, pero también de propuestas imaginativas, frescas, renovadoras.

No creo que el libro, la escritura, ni la expresión que en ellos se fundamenta, base de lo que hemos entendido por la cultura en Occidente, vayan a desaparecer. La informática potencia *ad infinitum* las posibilidades del texto escrito, así la virtualidad del *hipertexto* pueda desplazar, aunque sólo parcialmente, la materialidad del libro. Padres de familia, educadores, académicos, periodistas, debemos buscar, más bien, nuevas formas de *complementariedad*, de interpenetración entre las ideas y propuestas de una cultura que ha tenido un fundamento en la escritura y la reflexividad, con los lenguajes, textos y propuestas de los Medios. El hábito de la lectura debe fomentarse porque propicia un ejercicio de raciocinio, de lógica y capacidad hermenéutica, que es necesario para nutrir la cultura, las percepciones, las ideas y propuestas del futuro ciudadano y también para conferir elementos de análisis, contextualización, interpretación y crítica de las imágenes y las propuestas de los Medios. Es necesario capacitar a los receptores para plantearse una lectura polisémica, connotativa, no ingenua ni pasiva, de éstos. Permitir que los propios actores sociales puedan ser creadores de expresiones audiovisuales en donde sus espacios de habitación, gestualidad, formas de vida, hablas, ideas, puedan tener visibilidad pública. ¿No se ha afirmado que el espacio público es el espacio de la visibilidad mediática?

Pero también las Ciencias Sociales han de registrar, en sus propios lenguajes, sus preocupaciones temáticas, su visión del mundo, el decisivo impacto planetario, en especial sobre los jóvenes (ya lo decía, para bien y para mal), de las imágenes visuales con su carga subliminal, de los ritmos musicales, los textos sintéticos, vehiculizados por las revistas de circulación masiva, los discos, la radio, la televisión, la Internet y el multimedia.

Son estas experiencias, vivenciales y académicas, las que constituyen parte significativa de mi memoria, de mi bagaje cultural, de mi horizonte de sentido, guía subyacente que he intentado expresar por escrito, de mi trabajo intelectual y elementos significativos de mi identidad como persona y como ciudadano.

Bogotá, diciembre del 2000